



Bajo el Volcán

ISSN: 8170-5642

bajoelvolcan.buap@gmail.com

Benemérita Universidad Autónoma de Puebla
México

Ochoa Bilbao, Luis

Resistencia o claudicación. Apuntes sobre la labor intelectual en América Latina

Bajo el Volcán, vol. 7, núm. 11, 2007, pp. 127-152

Benemérita Universidad Autónoma de Puebla

Puebla, México

Disponible en: <http://www.redalyc.org/articulo.oa?id=28671111>

- Cómo citar el artículo
- Número completo
- Más información del artículo
- Página de la revista en redalyc.org

redalyc.org

Sistema de Información Científica

Red de Revistas Científicas de América Latina, el Caribe, España y Portugal

Proyecto académico sin fines de lucro, desarrollado bajo la iniciativa de acceso abierto

RESISTENCIA O CLAUDICACIÓN
APUNTES SOBRE LA LABOR INTELECTUAL
EN AMÉRICA LATINA

Luis Ochoa Bilbao

RESUMEN

El artículo ofrece algunos apuntes generales sobre dos discursos encontrados en América Latina y un debate en ciernes que enfrenta a su vez a dos tipos diferentes de intelectuales: los intelectuales optimistas-reformadores que confían en la democracia y el capitalismo a pesar de su contenido neoliberal, y los críticos-revolucionarios que apelan a una transformación radical del orden político y económico que priva actualmente en América Latina. El ejercicio descriptivo no sacrifica la perspectiva crítica a la hora de evaluar los contenidos ideológicos de los discursos.

SUMMARY

The article offers some general comments on two discourses found in Latin America and the beginnings of a debate that confronts two different types of intellectual: the optimistic-reformist intellectuals who have confidence in democracy and capitalism in spite of its neo-liberal content, and the critical-revolutionaries who look for a radical change in the political and economic order that now prevails in Latin America. This descriptive exercise does not eschew a critical perspective when it comes to evaluating the ideological contents of both discourses.

INTRODUCCIÓN

En un ensayo sobre la naturaleza y las repercusiones de los movimientos mundiales de resistencia en 1968, Octavio Paz escribió, a propósito de México, que “ni el temple del pueblo mexicano es revolucionario ni lo son las condiciones históricas del país. Nadie quiere una revolución sino una reforma [...]” (Paz, 2001: 97). En aquel entonces Paz estaba pensando en

la transformación y democratización del poder político en México, secuestrado por el “régimen de excepción” presidencialista y autoritario del PRI.

La mirada de Paz sobre la política mexicana me sirve de ejemplo para proponer estos apuntes sobre las posturas intelectuales en América Latina. Todo parece indicar que muchos intelectuales conciben la fórmula democracia-capitalismo como correcta y deseable, participan dentro de ese sistema en sus universidades y casas editoriales, y difunden sus ideas a través de los medios masivos de comunicación que les han otorgado cierto grado de legitimidad y popularidad.

Sin embargo, para un grupo particular de intelectuales que se autodefinen críticos de izquierda, favorecer y apoyar el modelo pseudo democrático vigente en América Latina equivale a legitimar la inequidad social, la concentración de la riqueza, la dictadura del capitalismo y el poder corrupto de las oligarquías. Desde esta perspectiva, renunciar a la resistencia contra el poder establecido es una traición al espíritu crítico que debiera prevalecer entre los intelectuales. En este sentido, el actual rol moderado que muchos de ellos están jugando en América Latina es señalado como la claudicación de una élite informada en favor de privilegios de clase, de los cuales dicha elite también es partícipe y beneficiaria. Considero que, efectivamente, muchos de los intelectuales contemporáneos en América Latina contribuyen poco en favor de la transformación radical de la sociedad y, en ese sentido, su activismo como críticos severos del poder y como fuerza de resistencia al poder, si no ha desaparecido, al menos se ha moderado de forma notoria.

Como indiqué antes, el propósito de este artículo es presentar algunas notas, apuntes generales e introductorios sobre el rol que juegan los intelectuales contemporáneos en Latinoamérica, y los señalamientos que despiertan algunas de sus actitudes consideradas conservadoras, excesivamente optimistas o marcadamente conformistas. El debate que ilustro a continuación gira en torno a los intelectuales que denomino optimistas-reformadores que confían en la democracia y el capitalismo a pesar de su contenido neoliberal, y los críticos-revolucionarios que apelan a una transformación radical del orden político y económico que priva actualmente en América Latina. La finalidad es plantear la crisis de la

resistencia intelectual en América Latina y el fenómeno de la incorporación de la crítica intelectual en un contexto de política esterilizado, de corte gerencial y pretendidamente moderno.

INTELECTUALES Y RESISTENCIA

El estudio de los intelectuales y las formas de resistencia ofrece una bibliografía nutrida. Destacan trabajos como el de Coser (1973) y su tipificación eminentemente sociológica de los intelectuales, su relación con el poder y la resistencia; el de Cockcroft (1981), que analiza a los intelectuales precursores de la Revolución mexicana; el de Wilkinson (1989) sobre los intelectuales franceses y la Resistencia contra la ocupación Nazi. En otro tono, el libro de Lilla (2001) examina la forma en que muchos intelectuales declararon su admiración a regímenes políticos cuyos crímenes serían descubiertos posteriormente. El libro clásico de Julien Benda es también un ejercicio de reflexión sobre los intelectuales que traicionaron su vocación para sumarse a las filas del oportunismo político. Finalmente, en sentido contrario, los escritos de Gramsci (1975) sobre el tema son, sin duda, una muestra clara de ese rol protagónico y transformador que debían seguir los intelectuales verdaderamente comprometidos con el cambio social.

El socialismo como teoría –y quizá antes el anarquismo– alimentó, sin duda, la idea de que los intelectuales debían contribuir al cambio social mediante la educación, la información crítica, el ejemplo y la lucha contra la opresión y el autoritarismo tanto en las aulas como en las calles. Ese espíritu de resistencia transformadora de hombres como Jean Paul Sartre, Erich Fromm, Herbert Marcuse, Bertarnd Russel, Michel Foucault, José Revueltas, Susan Sontag o Noam Chomsky perduró de manera protagónica hasta finales de los años ochenta. Sin embargo, la caída de los gobiernos comunistas en la década de los noventa y el aparente desprestigio de la teoría marxista hacían perder legitimidad a los movimientos sociales ya que, según la ortodoxia intelectual, con el triunfo de la democracia capitalista no tendrían que existir más motivos para movilizar a las masas y llevar la protesta y la inconformidad hasta las calles.

En este artículo contraste, precisamente, las líneas generales del discurso optimista-reformador cuya fe está depositada en la democracia capitalista de corte neoliberal, y que está globalizándose, con el discurso crítico-revolucionario de los intelectuales de izquierda en el escenario latinoamericano. Para lograr lo anterior he reunido las ideas generales que defienden, por un lado, los intelectuales que denomino optimistas-reformadores, y por otro, las ideas con las que los intelectuales que llamo críticos-revolucionarios cuestionan tanto los procesos políticos contemporáneos en América Latina como las posturas de los intelectuales optimistas-reformadores.

Los optimistas-reformadores son intelectuales que aplauden los visos de democracia en América Latina y contribuyen a consolidar dicho proyecto mediante su defensa y participación activa en la política, la academia y en los medios masivos de comunicación, especialmente los electrónicos de mayor alcance e impacto. En su favor, argumentan que el aprovechamiento responsable de la libertad de expresión es una contribución a la modernización política. Los críticos-revolucionarios cuestionan severamente el modelo económico neoliberal, la “ficción democrática” caracterizada por la legitimación del poder oligárquico, y la inocente credulidad de los optimistas-reformadores ante las formas de poder político o, definitivamente, por su tramposa complicidad con el *establishment*.

EL HORIZONTE ECONÓMICO Y POLÍTICO EN LATINOAMÉRICA

Evaluar el rol que en la actualidad juegan los intelectuales latinoamericanos, exige explicar el contexto en el que se desenvuelven. América Latina sigue siendo un espacio geopolítico determinado por la abrumadora presencia estadounidense, ya sea de manera directa en el ámbito militar como en los casos de Colombia y Paraguay,¹ o a través de la industria, las empresas transnacionales, las corporaciones y los flujos de capital, así como de las ayudas económicas (la deuda como herramienta de dominación) y la firma de acuerdos y tratados de libre comercio. Dicha presencia también se resiente de manera indirecta, a través de la difusión de contenidos culturales en los medios, en los espectáculos para las masas

y en las universidades. En una estratégica combinación de *soft power* (poder blando) y *hard power* (poder duro) (Nye, 2003), Latinoamérica vive a la sombra de Estados Unidos y debe ser considerada como una de sus zonas de influencia.

El problema para las élites políticas e intelectuales latinoamericanas es que con la caída del bloque comunista, en 1989, se derrumbó también el proyecto real del espectro ideológico que sustentaba y legitimaba una lucha de varios frentes contra el espíritu imperialista estadounidense. La única posibilidad palpable para el naciente orden mundial parecía ser el poderío económico y militar de Estados Unidos, y el fin de la bipolaridad, en mayor o menor medida, orilló a las elites latinoamericanas a buscar cobijo en el manto protector estadounidense. El proceso gradual de acercamiento lo seguimos experimentando con sus respectivas oposiciones y reacciones contrarias. Muchos intelectuales latinoamericanos comenzaron a abrazar los fundamentos del pragmatismo político y propusieron lo mismo a sus respectivos gobiernos. Desde la lógica pragmático-realista, las débiles naciones latinoamericanas debían aceptar una verdad insoslayable: Estados Unidos era la única potencia superviviente de la posguerra y su modelo económico-político el único vigente y viable. Por lo tanto, la única acción responsable era fortalecer el acercamiento y la cooperación con la superpotencia, a pesar de los muchos riesgos que esto implicara.

Lo que logró aminorar el rechazo social e intelectual a esta lógica neorrealista fueron los procesos de aparente democratización en América Latina. De pronto, a mediados de 1994, en la región se comenzaban a respirar aires de paz con la desaparición de regímenes militares y el fin de añejas guerras civiles. Al mismo tiempo, se auguraban épocas de normalidad democrática gracias a las muchas elecciones legitimadas por observadores internacionales y, sobre todo, por las aventuras de liberalización económica que aceptaron emprender los gobiernos de la región.

A pesar de que la modernización parecía haber llegado de manera generalizada en América Latina, la pobreza seguía siendo un estigma que el desmantelamiento de los precarios Estados de Bienestar sencillamente agudizó. La corrupción de las elites políticas y económicas en América Latina desencadenó escándalos que sólo han servido para sacri-

ficar –con cierto grado de justificación– a determinados chivos expiatorios (Alberto Fujimori, por ejemplo), aunque de ninguna forma ha sido erradicada de la vida cotidiana, tanto oficial como privada.² Los duros golpes experimentados por las crisis económicas (México, 1994; Argentina, 2001) evidenciaron que la aparente modernización en América Latina era en realidad un proceso de desmantelamiento de la poca eficacia y legitimidad institucional del Estado, a favor de los intereses cupulares y de las viejas y nuevas oligarquías (ejército, iglesia, empresarios, caciques, líderes sindicales y políticos), cuyo poder en Latinoamérica sigue siendo prácticamente intocable. Este poder ha logrado darse *baños de pureza* gracias a la aparente formalización de la democracia que, en estricto sentido, sigue siendo organizada por una minoría económicamente poderosa. Podríamos señalar, sin tantos riesgos, que en América Latina se vive en una plutocracia moderna y secularizada.

Esta breve descripción del contexto es necesaria para ubicar el terreno en el que se mueve la labor intelectual en América Latina. Aquellas élites de profesores universitarios, escritores e investigadores con un alto nivel de prestigio y que han actuado como intelectuales públicos a lo largo de varios años, dejaron de estructurar sus discursos alrededor de la contienda bipolar en el mundo, y tuvieron que replantear sus posiciones respecto a la economía capitalista y el orden político una vez superadas las dictaduras de la región.

Para muchos intelectuales públicos en Latinoamérica, los aparentes procesos de normalización democrática y el desmantelamiento de los Estados corporativistas y clientelares, generarían consecuencias positivas, a pesar de sus riesgos y contradicciones. Quizá lo que más celebraron estos intelectuales fue la renovación de un espíritu liberal visualizado desde la revaloración de la iniciativa privada y de la propiedad privada, y su posterior inclusión en un sistema de competencia global que, según la ortodoxia económica, sería fuente de progreso, eficiencia y riqueza. Para estos intelectuales, el ejemplo más evidente de la superación de los viejos esquemas de control y poder político era la libertad de expresión que les permitió escribir y hacer públicas muchas de sus opiniones, obteniendo recursos económicos atractivos gracias a la revitalizada com-

petencia entre muchos medios de comunicación. En un entorno aparentemente orientado hacia la democracia, con mayores libertades de expresión, con ejercicios electorales vestidos de legalidad y con una participación ciudadana relativamente aceptable, a muchos intelectuales latinoamericanos les pareció que era momento de pasar a una etapa de reformas moderadas de los procesos sociales y de consolidación del espíritu democrático.

Es aquí donde surgen las críticas y señalamientos de otros intelectuales que consideran la moderación como una especie de derrota del pensamiento crítico. Para varios intelectuales de izquierda, la lucha contra el poder oligárquico no puede detenerse precisamente porque la oligarquía es la fuente de las diferencias sociales que condenan a millones de latinoamericanos a la marginación, la pobreza, la delincuencia o la migración. Se trataría así de una lucha contra la concentración de la riqueza, del poder político, incluso del conocimiento y la información, en la que los intelectuales no deben claudicar, sobre todo por los peligros que entraña tanto para la labor académica como para la libertad de expresión la consolidación de dichas oligarquías.

En los siguientes apartados haré una descripción puntual de las opiniones vertidas por intelectuales reformadores y revolucionarios, con el fin de plasmar qué opinan ellos mismos con respecto a su labor en el contexto latinoamericano contemporáneo. Como indiqué anteriormente, el propósito es ilustrar los contenidos de un debate en ciernes que irá intensificándose en el mediano plazo, conforme las desigualdades económicas y políticas amenacen con llevar a las sociedades latinoamericanas a enfrentamientos cada vez más intensos y quizá violentos.

LOS INTELLECTUALES OPTIMISTAS-REFORMADORES

Ante el desmantelamiento de los regímenes comunistas en Europa y después del claro triunfo de Estados Unidos en el escenario internacional, una primera idea que recorrió el imaginario intelectual latinoamericano fue la del nuevo y promisorio horizonte que se abría para la democracia. No hay que olvidar que los regímenes comunistas eran señalados como

represores de las libertades humanas y, ante su fracaso, muchos intelectuales no dudaron en redirigir sus discursos a favor de la democracia liberal (véase: Castañeda, 1993), o de señalar el dogmatismo de los intelectuales marxistas en Latinoamérica que “convirtieron al socialismo en su vida intelectual y, paradójicamente, en la fuente de su fracaso” (Hernández, 2003: 55). En un contexto internacional semejante, marcado por la “crisis del socialismo real” era casi imposible no aplaudir los fundamentos de un sistema que favorecía la libre competencia económica y política. Negar el triunfo aparente de la democracia capitalista estadounidense sería una impertinencia (véase: Montaner, Apuleyo y Vargas-Llosa, 1996).

Ante el colapso de los regímenes comunistas (algo que era visto como un peligro para la democracia y el capitalismo), gran parte de la intelectualidad latinoamericana enfocó sus baterías contra la corrupción de las clases políticas, las oligarquías empresariales y, obviamente, contra los regímenes fascistas militares de la región. A los intelectuales les quedaban esos frentes por combatir aspirando a consolidar espacios propicios para la normalidad democrática.

En muchos escenarios académicos se habla de un tránsito más o menos terso hacia la democracia. Por ejemplo, en el caso de México, el libro de Preston y Dillon (2004) es una descripción de la historia reciente del país como si se tratara de un camino claro y definido, a pesar de los obstáculos, hacia la normalidad democrática. Un capítulo en particular fue dedicado precisamente a recordar el rol que jugaron los intelectuales y la prensa en México para conquistar uno de los atributos de la democracia: la libertad de expresión (Preston y Dillon, 2004: 267-290). Desde otras perspectivas, ese tránsito hacia la democracia era palpable ante la revitalización de la sociedad civil (Duquette, 1999; Ortega *et al.*, 2003) y la contundencia de la lucha por los derechos humanos (Lynch *et al.*, 1994; Acosta, 1996; Rodríguez, 2001).

Efectivamente, la defensa de la democracia en América Latina va de la mano con el surgimiento de la sociedad civil más o menos organizada y mejor encaminada, ante la idea de la crisis del Estado, esto es, la crisis en “la forma de organización y funcionamiento del sistema político” con sus “muestras evidentes de agotamiento” (Sader, 1996: 121).

Es importante señalar lo anterior porque sirve para justificar el discurso de muchos intelectuales que, ante la irrelevancia de discutir la política en términos ideológicos antagónicos (capitalismo *versus* comunismo), tuvo que centrarse en el primer frente de batalla contra los autorismos autoritarios de la política latinoamericana como lastre para la democracia. En el ámbito de la teoría social para explicar la redemocratización de América Latina destaca la teoría del autoritarismo, cuyo pilar fue Fernando Henrique Cardoso, quien difundió sus ideas entre los círculos intelectuales de Brasil, Chile, Uruguay y Argentina (ibid.: 122). Los marcos explicativos de esta teoría atacarían los cimientos del proyecto empresarial estatal, y la consecuente formación de una “burguesía de Estado” cuya hegemonía política y económica sería luego atributo de la “burguesía internacionalizada” y su complicidad con el “tecnocratismo civil-militar”. En ambos casos, la lógica económico-política respondería a criterios privados y no públicos (ibid.: 122-124). Aquí se destaca que la primera ola democratizadora en Latinoamérica desde la teoría social, señalaba los límites y perversiones de las economías nacionales fundadas por los Estados. El modelo era entendido como caduco y la crisis latinoamericana encontraba explicación en la crisis del Estado. Para Cardoso, “la economía privada iba bien, lo que iba mal era el Estado” (ibid.: 125). Una interpretación de los alcances de la teoría del autoritarismo sostiene que se volvió no sólo “la ideología de la transición conservadora, sino que dio inicio a la hegemonía neoliberal en América Latina, apuntando hacia el estado como el nuevo bandido de la película” (ídem).

En Argentina, el resurgimiento de la democracia durante la década de los años ochenta, por parte de los intelectuales, se trató especialmente de una experiencia vivida desde las universidades, gracias a la “institucionalización académica” y el fin de la intolerancia, del dogmatismo y el control ideológico de los militares, “para hacer resurgir el foro de la razón y el pluralismo, académico y político” (Quiroga, 2003: 214-215). Sin embargo, a pesar de que el escenario para el debate de las ideas en Argentina tomaba un perfil positivo y democrático, muchos intelectuales veían con preocupación los cambios estructurales del Estado, concretamente las reformas de control fiscal, el esquema de privatizaciones y el

enorme peso que representaba la deuda externa (ibid.: 215). Un detalle llamativo del sentimiento de esperanza que despertó la democracia en la imaginación de los intelectuales argentinos fue la participación e incorporación de muchos de ellos, como los intelectuales independientes Portantiero, De Ipola, o Juan Sourrouill (ministro de Economía), Dante Caputo (ministro de Relaciones Exteriores), Jorge Sábato (ministro de Educación) en el gobierno de Raúl Alfonsín, motivados por los proyectos de “democracia participativa”, “modernización” y ética de la solidaridad” (ibid.: 217-218).

Para algunos intelectuales, la obvia crisis del Estado en América Latina exigía medidas modernizadoras y reformadoras. Un frente discursivo muy importante, al menos en México, fue el del nuevo federalismo, esto es, la reformulación del pacto federal o el nuevo rol de las entidades federativas con respecto a los poderes centrales (Aguilar Villanueva, 1994; Arellano, 1996; Cárdenas, 1996); y, por último, la modernización de la administración pública a través del estudio y aplicación de las políticas públicas (Aguilar Villanueva, 1996; De la Garza, 1996; Grediaga *et al.*, 2004).

En el resto de América Latina, los gobiernos optaron por aceptar el Consenso de Washington para liberar los procesos económicos e intensificar la integración económica. Los contingentes intelectuales que defendían la modernización del Estado y el proceso de liberalización económica, provenían de la economía y formaron parte de gobiernos neoliberales como el de Carlos Salinas de Gortari en México y el de Carlos Menem en Argentina (véase: Centeno, 1994; Babb, 2001; Quiroga, 2003). Se les conoció como tecnócratas vinculados a los ideales privatizadores y neoliberales ortodoxos de los *Chicago boys* egresados de la Universidad de Chicago que años antes (1973) hubieran plasmado su huella en Chile bajo la dictadura de Pinochet.

Por supuesto, la revolución democrática y neoliberal en América Latina, a diferencia del neoliberalismo chileno, contaba con un punto a su favor: los resultados positivos y pacíficos de la democracia electoral en muchos países de la región. Efectivamente, gobiernos como los de Salinas de Gortari en México (a pesar de los escándalos de fraude en 1988), Cardoso en Brasil y Menem en Argentina, adquirieron su legitimidad a

través de las urnas. Aunque dicha legitimidad bien pudiera haber sido discutida, entre varios intelectuales prevalecía la idea de que la normalidad democrática no estaba muy lejos de alcanzarse, y que los problemas no reflejaban más que la falta de experiencia democrática.

Considero que han sido esos procesos electorales –más o menos eficientes y más o menos legitimados por las sociedades y la comunidad internacional– los que motivaron a muchos intelectuales a manifestarse a favor de los caminos institucionales para alcanzar objetivos políticos. Las elecciones presidenciales en Perú, México y Brasil, que le dieron el poder a Alejandro Toledo, Vicente Fox y Luis Ignacio “Lula” Da Silva, incluso el triunfo de Hugo Chávez en Venezuela, significaban pruebas de que las conquistas democráticas latinoamericanas estaban siendo alcanzadas en procesos electorales legítimos.

A partir de estas historias, algo importante que muchos intelectuales estaban erradicando de sus discursos era la idea de que los movimientos sociales de resistencia siguieran siendo un mecanismo justificado de protesta. Las masas en las calles son consideradas como resabios de tiempos pasados vinculados al populismo.³ El paso normal que estos intelectuales preveían era hacia un Estado de derecho, donde las instituciones funcionaran con normalidad y apego a la legalidad.

Sin embargo, el seguimiento que hacen los intelectuales latinoamericanos sobre el desempeño de las elites políticas en sus respectivos países, no ofrece elementos para confiar en la democratización de dichas esferas de poder. Se suele hablar de una “partidocracia”⁴ que de ninguna forma promete disminuir las prácticas desleales y antidemocráticas de la política. Con el control absoluto de los mecanismos formales para el acceso al poder, los partidos políticos juegan sus cartas en una especie de poliarquía alejada de la sociedad y despreocupada por sus necesidades. Para los partidos políticos latinoamericanos, la lucha por el poder es lo único que cuenta, ya sea a través de medios legales o no. Los intelectuales latinoamericanos están señalando esta perversión de la democracia, y no dejan de manifestar su preocupación en torno a que los actores centrales de los cambios políticos representen una fuerza reaccionaria a éstos.

La crítica hacia los partidos políticos va de la mano con una crítica frontal a la cultura política de la corrupción en América Latina y a la falta de credibilidad en las instituciones estatales. Sin embargo, muchos intelectuales siguen sosteniendo que las manifestaciones y los movimientos sociales con un grado importante de intensidad que pudiera desembocar en violencia, no son deseables ni necesarios. Las críticas al EZLN en México, al movimiento de los piqueteros en Argentina, a las movilizaciones de los cocaleros en Bolivia, a las marchas de los “sin tierra en Brasil” están destinadas a desprestigiar los movimientos sociales de resistencia precisamente por el peligro que supuestamente entrañan. Dichos movimientos pudieran salirse de control y desencadenar violencia, por esto los intelectuales se preguntan: ¿por qué seguir apelando a las movilizaciones sociales, a la protesta masiva y a la huelga, cuando los cauces institucionales están para ser usados?

El problema estriba en la contradicción discursiva que se hace evidente cuando los mismos intelectuales que cuestionan el uso discrecional de la justicia y la democracia en América Latina, también cuestionan los movimientos sociales que desprecian los cauces institucionales. La pregunta es por demás obvia: ¿puede haber confianza en los cauces institucionales cuando éstos están siendo controlados por una poliarquía celosa de su poder y sus privilegios?

Sin duda las movilizaciones sociales despiertan la preocupación de muchos intelectuales, sobre todo ante las posibilidades de que la inconformidad entre en una espiral de violencia ascendente e incontrolable. Todo movimiento social lleva intrínsecamente la posibilidad de una escalada de la violencia, de ahí que apelar a los cauces institucionales equivalga a proponer en el discurso que se apueste por el diálogo y la negociación como primera y última posibilidad en todo conflicto de intereses, tal cual lo señala el canon de la modernización política. También se puede señalar que los movimientos sociales amenazan el orden establecido y los escenarios conflictivos ponen en riesgo la viabilidad del estilo de vida de las clases medias, estrato en el que se podría ubicar a un gran número de intelectuales.

El diálogo como arma de la democracia es utilizado por los intelectuales, en una suerte de ejercicio pedagógico ante los medios masivos de comunicación. El debate público de las ideas, la confrontación racional de ideas distintas, la amabilidad y cordialidad de la discusión intelectual, justifica la labor educativa de los intelectuales en la prensa escrita, la radio y la televisión. Su protagonismo es justificado por ellos mismos como una muestra clara de que el nivel de la confrontación de intereses políticos puede y debe darse en términos mucho más suaves, en entornos más estériles y con finalidades menos groseras, menos ambiciosas y menos egoístas.

En resumen, la democracia electoral, la cultura del debate y la consolidación de los cauces institucionales sustentan el optimismo de varios intelectuales latinoamericanos; optimismo que no comparten otros sectores de la intelectualidad en Latinoamérica.

LOS INTELECTUALES CRÍTICOS-REVOLUCIONARIOS

Lo han señalado ya muchos intelectuales: la democracia en su versión más noble, sencillamente es imposible en sociedades con altos índices de pobreza y miseria, con poco dinamismo económico y con niveles educativos bajos y de mala calidad. Sencillamente no es posible pensar en reformular los sistemas políticos latinoamericanos cuando millones de personas viven con hambre, sin trabajo y sin educación. Con tales problemas por resolver, hablar de democracia en América Latina es sumamente temerario.

La situación de casi todas las sociedades latinoamericanas es de desigualdad. La labor intelectual, por lo tanto, no deja de verse restringida ya sea por carencia de recursos o por la falta de auditorio y público. Sin embargo, los espacios que la pseudo democracia ha abierto, gracias a la libertad de expresión y su difusión a través de los medios, pareciera contribuir a generar un *efecto cascada* que, poco a poco, irá filtrándose en el resto de la sociedad. Ante tal posibilidad, muchos intelectuales latinoamericanos justifican su trabajo en función de un porvenir más promisorio, motivo por el cual, defienden su labor como “productores independientes de valores culturales”, “creadores de sentido” (Mansilla, 2003: 17) o detentadores del poder ideológico (Bobbio, 1998: 18). Sin embargo, para

Mansilla, la labor de los intelectuales latinoamericanos es ambivalente ya que, por un lado anhelan la “autonomía de pensamiento y creación genuina” y por otro, adoptan “ideas, teorías y orientaciones provenientes de los países más adelantados del Norte” (Mansilla, 2003: 17). Este primer señalamiento crítico pone en evidencia, sin duda, la contradicción en la que caen muchos intelectuales de América Latina cuando aspiran a consolidar el lado positivo de la democracia en cuanto a las libertades de expresión y difusión del trabajo creativo, pero restringen sus posibilidades imaginativas al sostener que los modelos de organización de la vida académica e intelectual, al menos, debieran ser, si no imitados, sí copiados en una suerte de inspiración para los demócratas de esta región del mundo.

Lo más grave es que muchos intelectuales latinoamericanos hayan adoptado la democracia de corte neoliberal y oligárquico como un proyecto viable para el desarrollo sin percatarse de sus contradicciones inherentes y sus “atavismos autoritarios” (Figueroa). Eso es lo que sostienen los intelectuales críticos-revolucionarios. Es cierto que los pilares de los viejos Estados autoritarios se resquebrajan, pero también es cierto que el modelo que hasta ahora lo ha sustituido ni es cabalmente democrático, ni es cabalmente incluyente. Como escribe Carlos Figueroa: “la visión elitista y reformista de la transición a la democracia se vio favorecida, puesto que la forma más generalizada del tránsito del autoritarismo a la democracia, fue a través del pacto y la reforma” (Figueroa). Es decir, que los viejos esquemas del poder jerárquico no fueron sustituidos por otros más modernos y equitativos, sino meramente aprovechados por las élites para legitimar su ascenso o permanencia en el poder.

Para los intelectuales críticos-revolucionarios lo que se está cristalizando es precisamente la mundialización del capitalismo, y con ello, la mundialización de la explotación del trabajador para satisfacer los caprichos de la burguesía empresarial y transnacional. Esta idea se sostiene según las nuevas lecturas que se hacen desde el marxismo tradicional y contemporáneo.

Un primer planteamiento ante la pasividad de los intelectuales contemporáneos tiene relación con la llamada crisis de las ciencias sociales. Para Heinz Dieterich esta crisis implicaría que “los sujetos sociales que

producen” las ciencias sociales, están también en crisis y, de manera explícita, habla de “un colapso de la intelligentsia global frente a los grandes problemas de la humanidad y de las mayorías” (Dieterich, 2000: 9). De manera contundente este autor sostiene que:

Ese colapso es doble: moral y científico, y es el resultado de un proceso de domesticación y conversión de una intelectualidad crítica e independiente en una intelectualidad cortesana, que encuentra su razón de ser básicamente en el servicio a los intereses de dominación de las élites en el poder; para ser más preciso, sirve como caja de proyección de esos intereses, buscando las formas mediáticas más adecuadas y funcionales para su imposición (Dieterich, 2000: 10).

De la anterior afirmación puede desprenderse que la actividad intelectual lejos de promover valores democráticos y de participación ciudadana, se vuelve cómplice, de manera consciente o insospechada, de las élites en el poder. Al diseminar discursos sobre la tolerancia, la democratización y la modernización administrativa del Estado, dichos intelectuales justifican de manera implícita el orden de las cosas, esto es, el orden del poder.

La idea de crisis en las ciencias sociales también sugiere la falsa alternativa de criticar o transformar a la sociedad. Según Holloway (2004: 117) “para ser realmente crítico, hay que concebir la crítica en términos de la transformación social y para ser transformador social hay que ser crítico”. Sin embargo, de alguna forma la aparente democratización de las sociedades orilla a sus intelectuales a adoptar posturas de “potencia limitada” o “impotencia”, esto es, involucrarse en el mundo real y aceptar sus reglas “y admitir que sólo se puede cambiar dentro de ciertos límites” (ibid.: 117-118).

Un intento teórico por explicar este tránsito de los intelectuales y las ciencias sociales hacia la opción de “potencia limitada” puede encontrarse en Marcos Roitman, cuando sostiene que, para gozar de prestigio y presumir efectividad, el conocimiento de lo social tuvo que adquirir un perfil “técnico-instrumental”, basado en la “neutralidad valorativa”, es decir,

el fin de la subjetividad y el triunfo del saber cuantitativo transformando a las ciencias sociales en meras “técnica[s] para el control del conflicto social y el mantenimiento del orden establecido” (Roitman, 2003: 15). La crítica que hace el mencionado autor a la ciencia contemporánea y, por ende, a los intelectuales en general, es que sin percatarnos, estamos atrapados en la vieja idea del sistema ante el cual nada es posible. El sistema abarca todo y nada hay fuera de él. Por consiguiente, el destino de nuestra existencia se reduce a luchar infructuosamente contra el sistema o a acomodarnos en él. Así, el pensamiento sistémico, según Roitman, crearía una respuesta cultural denominada *conformismo social* que:

[...] es un tipo de comportamiento cuyo rasgo más característico es la adopción de conductas inhibitorias de la conciencia en el proceso de construcción de la realidad. Se presenta como un rechazo hacia cualquier tipo de actitud que conlleve enfrentamiento o contradicción con el poder legalmente constituido. Su articulación social está determinada por la creación de valores y símbolos que tienden a justificar dicha inhibición a favor de un mejor proceso de adaptación al sistema-entorno al que pertenece (Roitman, 2003: 15).⁵

Para los intelectuales críticos-revolucionarios, el entorno latinoamericano está caracterizado, como indiqué antes, por un proceso pseudo democrático que sólo ha servido para legitimar el poder oligárquico. Las posibilidades de transformación social se ven cooptadas por los partidos políticos, las élites empresariales y académicas, así como por el impacto negativo de la “sociedad del espectáculo”. El rol que juegan actualmente los medios masivos de comunicación plantea el debate entre la sociedad de la información y la sociedad del espectáculo. Mientras el primer tipo de sociedad apuesta por la información de las grandes masas sociales convirtiéndolas en actores involucrados con los cambios sociales, el segundo tipo sugiere lo contrario, ya que un exceso de información puede impedir que se construyan conclusiones y opiniones acertadas, al tiempo que las grandes masas se convierten en meros espectadores de un mundo político sencillamente inaccesible.

Aunque la labor de los intelectuales en los medios masivos de comunicación se reconoce como un fenómeno altamente positivo y favorable para la consolidación de la democracia, hay quienes señalan “el papel de gran mordaza que actualmente desempeñan los grandes medios de comunicación, lo cual oculta la existencia de unos intelectuales a quienes no se oye porque están amordazados” (Sastre, 2004, parafraseando a Serrano) o la hipótesis “de que muchos intelectuales se desplazaron en los últimos años hacia la derecha” (Sastre, 2004). En términos generales se plantea que los intelectuales más críticos y ubicados en el espectro de la izquierda política no aparecen en los medios, mientras que otros han moderado sus posturas y se han desplazado a la derecha, lo que abre sus posibilidades de aparecer en los medios que gustan suscitar el debate y difundir posturas críticas, siempre y cuando promuevan postulados más conservadores y moderados en cuanto a la dinámica del cambio social se refieren. En palabras de Serrano (2004), “la tragedia es la puesta en marcha de un sistema de genocidio informativo de todo intelectual rebelde y de consolidación de la meritocracia mediática del sumiso y halagador”.

Junto a la crítica por el desplazamiento ideológico de los intelectuales, también se manifiestan preocupaciones por el bajo perfil de la información crítica en los medios. Sin duda un espacio que ha conquistado libertades inusitadas es el de la prensa escrita. Tanto en los semanarios como en los periódicos se publican artículos de toda índole. En un sentido todavía más abierto y accesible para el pensamiento crítico, medios electrónicos como Internet han ampliado significativamente los foros para la publicación de cualquier cosa, lo que a su vez diluye la fuerza de algunas ideas. Sin embargo, como sostiene en una entrevista Eric Hobsbawm: “a los gobiernos temerarios [...] no les preocupa la existencia de una prensa libre mientras que la televisión no lo sea. Ahí es donde radica el verdadero peligro [para la libertad de expresión] (Hobsbawm, 2005).

De lo anterior vale la pena destacar el desplazamiento ideológico de muchos intelectuales, la imposibilidad de que algunos de ellos adquieran protagonismo mediático por la estrategia de la mordaza y la innecesaria persecución o censura del poder, ante la poca efectividad del pensamiento crítico en un mundo dominado por la superficialidad televisiva.

En sociedades aparentemente menos dispares y más letradas como la europea, Norberto Bobbio percibía que la comunidad cosmopolita de los intelectuales centraba su atención principalmente en torno a dos temas: la opresión y la violencia en la historia (Bobbio, 1988: 48-49). En América, James Petras señala que ni siquiera la guerra injustificada contra Irak (desde el año 2003) ha provocado la movilización de los intelectuales a favor de la resistencia:

La parálisis de los intelectuales estadounidenses de izquierda, su incapacidad de expresar solidaridad con la resistencia iraquí, es una enfermedad que aflige a todos los intelectuales “izquierdistas” de los países coloniales. Tienen miedo del problema (la guerra colonial) y de la solución (la liberación nacional). Al final de cuentas, las comodidades y libertades de las que ellos disfrutaban, el aplauso universitario y la adulación que reciben en la patria colonial pesa más que los costos mentales de una declaración inequívoca de apoyo a los movimientos revolucionarios de liberación. Recurren a falsas “equivalencias morales” contra la guerra y contra los “fundamentalistas”, los “terroristas”, contra todos los que se embarcan en su propia emancipación sin prestar la atención suficiente a los autodesignados guardianes de los Valores Democráticos Occidentales. No es difícil entender la ausencia de solidaridad con los movimientos de liberación entre los intelectuales progresistas de los países imperiales: también ellos han sido colonizados, tanto en lo material como en lo mental (Petras, 2004).

Si bien en la cita anterior Petras se concentra principalmente en los intelectuales estadounidenses, sus reflexiones se pueden hacer extensivas a aquellos que pertenecen a América Latina. Los movimientos de liberación contra el neoliberalismo, las oligarquías y, en el escenario internacional, las guerra de ocupación (Afganistán y Irak) son calificados como movimientos radicales extemporáneos o son censurados al no optar por caminos institucionales legales.⁶ La estrategia de la descalificación de los movimientos populares responde a una clara intención de “criminalizarlos”, es decir, ubicar a los inconformes como adversarios del Estado de derecho. En estricto sentido, habría también intelectuales

en Latinoamérica cuyas conciencias han sido colonizadas por los proyectos imperiales y de domesticación de la acción y el pensamiento sociales.

APUNTES FINALES

A juzgar por el contenido de las críticas esgrimidas por los intelectuales críticos-revolucionarios, vale la pena preguntarse: ¿estaremos viviendo el aburguesamiento de un grupo numeroso y altamente influyente de intelectuales latinoamericanos y, por definición, su claudicación ante las posibilidades de cambio social y la resistencia como medio para el cambio social?

Desde la mirada de Dieterich, tanto los intelectuales optimistas-reformadores como las élites mundiales, se empeñan en no reconocer que la viabilidad de su proyecto económico político está en entredicho y que, a su vez, genera un despertar social difícil de soslayar:

La rebelión zapatista en México; el fin de los gobiernos neoliberales en América Latina; el triunfo de la revolución democrática venezolana; la detención de Pinochet; el incesante apoyo mundial a la revolución cubana; el bloqueo a la reunión de la Organización Mundial de Comercio (OMC) en Seattle; la reunión de las fuerzas de cambio no institucionales en Belém do Pará en diciembre de 1999, y la crisis universitaria global, en fin, todo el colorido espectro de la resistencia refleja esa verdad básica (Dieterich, 2000: 13).

Siguiendo la categorización propuesta al principio de este artículo, Dieterich sería un intelectual crítico-revolucionario cuando se trata de evaluar los alcances de la democracia neoliberal, pero a la vez sería un optimista revolucionario en su diagnóstico de la crisis del modelo global del neoliberalismo y el surgimiento de movimientos sociales de resistencia en todo el mundo contra la globalización oligárquica del modelo capitalista.

En las posturas descritas surgen elementos para el análisis y la reflexión en torno al optimismo y pesimismo de los intelectuales latinoamericanos. Desde la perspectiva optimista, no cabe duda que un modelo pseudo democrático es mejor y ofrece mayores posibilidades de reformas positivas que el modelo autoritario. Para muchos intelectuales optimistas-

reformadores sería muy inocente creer que de un solo golpe se acabarían los vestigios del patrimonialismo y del autoritarismo en la cultura política latinoamericana. Si el trabajo de los intelectuales optimistas-reformadores es fortalecer los valores democráticos, entonces es cierto que están participando activamente en foros de discusión, organismos multilaterales, desde la sociedad civil, los medios de comunicación y en la academia para plantear esas reformas necesarias que requiere la incipiente democracia latinoamericana. Concretamente, en el caso de las libertades de expresión y la libre circulación de las ideas también cabe la posibilidad de ser optimista aunque, para estos intelectuales, el público se reduzca ante el deterioro de los hábitos de lectura y debate en las sociedades que viven más una era del espectáculo en vez de una era de la información.

En términos generales, las críticas emitidas por los intelectuales críticos-revolucionarios me parecen oportunas, contundentes y bien sustentadas. El debate devela que el optimismo por la democracia en Latinoamérica no corresponde al detrimento de los niveles de vida, a la mala distribución de la riqueza y al enorme poder que concentran las oligarquías económico-políticas. En el ámbito de los movimientos sociales, es claro que para los intelectuales de izquierda las raíces del descontento social siguen latentes y sin visos de resolverse, y confiar en las instituciones del Estado, secuestradas por las élites políticas constantemente calificadas de corruptas, es una actitud decididamente inocente o tramposa.

Cuando el socialismo real mostró al mundo las consecuencias de sus contradicciones, algunos han señalado que el error del pensamiento de izquierda latinoamericano tenía que ver con su caída en:

[...] el bizantismo o en la más lamentable ideologización y, en cualquiera de los casos, impidió la creatividad y el avance de las disciplinas. Basta ver la obra de los múltiples científicos sociales de izquierda durante las décadas de 1960 y 1970, para identificar las preocupaciones de la doctrina (la acumulación originaria, las etapas del desarrollo de acuerdo con Engels, el lumpen proletariado, el ejército industrial de reserva, etc.), no de la investigación social (Hernández, 2003: 54).

Curiosamente, el mismo argumento es utilizado para censurar las políticas ortodoxas del neoliberalismo y la incapacidad transformadora en la que han caído las ciencias sociales bajo el supuesto de la neutralidad científica.

Por último, ante el protagonismo de los intelectuales en los medios, no todos parecen coincidir con la idea falsa de la libertad de expresión. Petras ha escrito que “el problema fundamental con el que se enfrentan los intelectuales revolucionarios es su aislamiento de la lucha de masas y su falta de acceso a los medios de comunicación para hacer circular sus ideas” (Petras, 2005). Aunque no faltan espacios para la divulgación de ideas, es claro que la televisión sigue siendo eminentemente conservadora en sus posturas políticas, y de ninguna forma aceptaría convertirse en un medio de difusión para la disidencia.

En resumen, los intelectuales optimistas-reformadores se plantean el cambio social en América Latina como un tránsito lento y consensuado hacia formas más modernas e institucionales de organización política. Para los intelectuales críticos-revolucionarios, apelar a las instituciones de la modernidad equivale a claudicar a favor de los intereses oligárquicos. Por supuesto, los medios y la opinión pública latinoamericana se sienten más cómodos con las expresiones moderadas de los intelectuales optimistas-reformadores que con los planteamientos radicales de los intelectuales críticos-revolucionarios. Finalmente, los espacios para la expresión de las ideas y el debate ideológico (medios masivos de comunicación y universidades) son precisamente instituciones modernas en las que priva un ordenamiento lógico fundado en la competencia, el libre mercado y la democracia, pilares de la sociedad global contemporánea que cuestionan los intelectuales críticos-revolucionarios.

La gran frontera que separa a los intelectuales optimistas-reformadores de los críticos-revolucionarios es que los primeros, a juicio de los segundos, parecieran haber dejado de creer en la gran tarea transformadora de las ciencias sociales y a no confiar más en el dinamismo creador y regenerador de los movimientos sociales de resistencia.

REFERENCIAS

- Acosta, Mariclaire (1996), "La lucha por lo derechos humanos en México", en Marini, Ruy Mauro y Millán Mágina (coord.) (1996), *La teoría social Latinoamericana. Cuestiones contemporáneas, tomo IV*, México, UNAM/Ediciones El Caballito, pp. 149-156.
- Aguirre, Mariano (2003), "El derecho de la globalización y la resistencia", *Le Monde Diplomatique*, edición española. Disponible en: <http://www.monde-diplomatique.es/2003/05/aguirre.html> (22/9/2005).
- Aguilar Villanueva, Luis F. (1994), "El federalismo mexicano: funcionamiento y tareas pendientes", en Hernández, A. (coord.), *Presidencialismo y sistema político. México y los Estados Unidos*, México, Fondo de Cultura Económica.
- ____ (ed.) (1996), *El Estudio de las Políticas Públicas*, México, Porrúa.
- Arellano, Rogelio (comp.) (1996), *México hacia un nuevo federalismo fiscal*, México, Fondo de Cultura Económica/Gobierno del Estado de Puebla.
- Babb, Sarah (2001), *Managing Mexico. Economists from Nationalism to Neoliberalism*, Princeton, New Jersey, Princeton University Press.
- Benda, Julien (1927), *La trahison des clercs*, Paris, Editions Bernard Grasset.
- Bobbio, Norberto (1998), *La duda y la elección. Intelectuales y poder en la sociedad contemporánea*, Barcelona, Paidós.
- Campione, Dabiel (2005), "Intelectuales y política. Una relación en tiempos difíciles", *Rebelión*. Disponible en: <http://www.rebelion.org/docs/5948.pdf> (22/9/2005).
- Cárdenas, Jaime (1996), *Una constitución para la Democracia. Propuestas para un nuevo orden constitucional*, México, UNAM.
- Castañeda, Jorge G. (1993), *La casa por la ventana. México y América Latina después de la Guerra Fría*, México, Cal y Arena.
- Centeno, Miguel Ángel (1994), *Democracy Within Reason. Technocratic Revolution in Mexico*, Pennsylvania, The Pennsylvania University Press.
- Cerutti, Horacio (2005), "Resistencia popular y ciudadanía restringida. ¿Está en riesgo la Democracia en América Latina?", *Pensamiento y Cultura de Nuestra América*. Proyectos de Investigación. Disponible en: http://www.ccydel.unam.mx/PensamientoyCultura/Proyectos_Resistencia%20popular/tematica.htm (22/9/2005).
- Cockcroft, James D. (1981), *Precursores intelectuales de la revolución mexicana*. México, Siglo XXI.

- Coser, Lewis A. (1973), *Hombres de ideas. El punto de vista de un sociólogo*, México, Fondo de Cultura Económica.
- García Morales, Vladimir (2004), "La resistencia de los intelectuales", *Rebelión*. Disponible en: <http://www.rebelion.org/noticia.php?id=5051> (22/9/2005).
- Gramsci, Antonio (1975), *Los intelectuales y la organización de la cultura*, México, Juan Pablos Editor.
- Grediaga Kuri, R., et al. (2004), *Políticas públicas y cambios en la profesión académica en México en la última década*, México, ANUIES.
- Grez, Sergio (2004), "A propósito de la historia reciente y del transformismo de algunos intelectuales en Chile", *Rebelión*. Disponible en: <http://www.rebelion.org/noticia.php?id=5678> (22/9/2005).
- De la Garza, Enrique (coord.) (1996), *Políticas públicas alternativas en México*, México, La Jornada Ediciones/CIIH UNAM.
- Dieterich, Heinz (2000), *La crisis de los intelectuales*, Buenos Aires, Editorial 21.
- ____ (2004), "La izquierda y sus intelectuales", *Rebelión*. Disponible en: <http://www.rebelion.org/noticia.php?id=2432> (22/9/2005).
- Duquette, Michel (1999), *Building New Democracies: Economic and Social Reform in Brazil, Chile and Mexico*, Toronto, University of Toronto Press.
- Figuroa, Carlos, "Violencia, neoliberalismo y protesta popular en América Latina".
- Hernández, Rogelio (2003), "Los intelectuales y las transiciones democráticas. De la inconformidad como oficio a la responsabilidad política", en Hofmeister Wilhelm y Mansilla H. C. F. (ed.), *Intelectuales y política en América Latina*, Rosario, Argentina, Homo Sapiens Ediciones.
- Hobsbawm, Eric (Entrevista) (2005), "A los gobiernos no les preocupa la existencia de una prensa libre mientras que la televisión no lo sea. Ahí es donde radica el verdadero peligro", *Rebelión*. Disponible en: <http://www.rebelion.org/noticia.php?id=11066> (22/9/2005).
- Holloway, John (2004), "Sociólogo: Crítico y transformador social", en *Bajo el Volcán*, año 4, núm.8, Instituto de Ciencias Sociales y Humanidades, BUAP.
- Krauze, Enrique (2005), "Decálogo del populismo iberoamericano", en *El País*, España, 14/10/2005. Disponible en: http://www.elpais.es/solotexto/articulo.html?xref=20051014elpepiopi_7&type=Tes (13/10/2005).
- Lahuerta, Milton (2001), "Intelectuais e resistência democrática: vida académica, marxismo e política no Brasil", en *Cuadernos AEL*, núm. 14-15, INCH. <http://www.artnet.com.br/gramsci/arquiv226.htm>

- Lilla, Mark (2001), *The Reckless Mind. Intellectuals in Politics*, The New York Review of Books, New York.
- Lynch, Nicolás, Pepi Patrón and Gladys Acosta (1994), *Sobre La Gobernabilidad Democrática y Los Derechos Humanos en el Perú (On Democratic Governance and Human Rights in Peru)*, Lima, International Center for Human Rights and Democratic Development.
- Mansilla, H.C.F. (2003), "Intelectuales y política en América Latina" en Hofmeister Wilhelm y Mansilla H. C. F. (ed.) (2003), *Intelectuales y política en América Latina. El desencantamiento del espíritu crítico*, Santa Fe, Argentina, Homo Sapiens Ediciones.
- Marini, Ruy Mauro y Millán Mágina (coordinadores) (1996), *La teoría social Latinoamericana. Cuestiones contemporáneas*, tomo IV, México, UNAM/Ediciones El Caballito.
- Montaner, C., Apuleyo, P. y Vargas-Llosa, A. (1996), *Manual del perfecto idiota latinoamericano*, México, Plaza y Janés.
- Nye, Jr., Joseph S. (2003), *The Paradox of American Power: Why the World's Only Superpower Can't Go It Alone*. Oxford, Oxford University Press, 2003.
- Ortega V., Alberto, et al. (2004), *Los retos de la democracia: estado de derecho, corrupción, sociedad civil. Memorias 2003*, México, Porrúa.
- Petras, James (2003), "La responsabilidad de los intelectuales, Cuba, Estados Unidos y los derechos humanos", *Memoria*, núm. 17.
<http://www.memoria.com.mx/172/petras.htm> (22/9/2005).
- _____ (2004), "Intelectuales de Occidente y resistencia del Tercer Mundo", *La Jornada*, 17/4/2004.
- _____ (2005), "El papel de los intelectuales en el cambio social", *Rebelión*.
Disponible en: <http://www.rebelion.org/noticia.php?id=13028> (12/9/2005).
- Preston, Julia y Dillon, Samuel (2004), *El despertar de México. Episodios de una búsqueda de la democracia*, México, Océano.
- Quiroga, Hugo (2003), "Intelectuales y política en la Argentina. Notas sobre una relación problemática" en Hofmeister Wilhelm y Mansilla H. C. F. (ed.) (2003), *Intelectuales y política en América Latina. El desencantamiento del espíritu crítico*, Santa Fe, Argentina, Ediciones Homo Sapiens.
- Rodríguez, Héctor (2001), *Derecho al desarrollo: derechos humanos y democracia en México*, México, Porrúa.

- _____ (2005), "El papel de los intelectuales en le cambio social", *Rebelión*. Disponible en: <http://www.rebelion.org/noticia.php?id=13028> (22/9/2005).
- Roitman, Marcos (2003), *El pensamiento sistémico. Los orígenes del social conformismo*, México, Siglo XXI/UNAM.
- _____ (2005), "Intelectuales e ideólogos", *Rebelión*. Disponible en: <http://www.rebelion.org/noticia.php?id=17431> (22/9/2005).
- Sader, Emir (1996), "Estado y hegemonía: la crisis latinoamericana" en Marini, Ruy Mauro y Millán Mágina (coordinadores) (1996), *La teoría social Latinoamericana. Cuestiones contemporáneas, tomo IV*, México, UNAM/Ediciones El Caballito, pp. 121-129.
- Saguier, Eduardo R. (2005), "El exilio intelectual como resistencia política", *Cambio Cultural*. Disponible en: <http://www.cambiocultural.com.ar/actualidad/correo42.htm> (22/9/ 2005).
- Sastre, Alfonso (2004) "Pero, ¿qué pasa con los intelectuales?", *Rebelión*. Disponible en: <http://www.rebelion.org/noticia.php?id=2317> (revisado 10/10/2005).
- Serrano, Pascual (2004), "Carta a Alfonso Sastre", *Rebelión*. Disponible en: <http://www.rebelion.org/noticia.php?id=1813> (revisado 10/10/2005).
- Soler Alomá, Jordi (2004), "El problema de los intelectuales", *Rebelión*. Disponible en: <http://www.rebelion.org/noticia.php?id=3027> (22/9/2005).
- Terán, Oscar (coord.) (2004), *Ideas en el siglo. Intelectuales y cultura en el siglo XX latinoamericano*, Buenos Aires, Siglo XXI.
- Virno, Paolo (2004), "Derecho de resistencia". Disponible en: www.nodo50.org. http://www.nodo50.org/tortuga/article.php3?id_article=1165 (22/9/2005).
- Wilkinson, James D. (1989), *La resistencia intelectual en Europa*, México, FCE.

NOTAS

¹ Aquí me refiero a la presencia de efectivos militares estadounidenses en Sudamérica mediante el Plan Colombia (2000) y el Plan Paraguay (2005), cuyo discurso legitimador se sostiene en la lucha contra el narcotráfico y con las potenciales células terroristas en la triple frontera (Argentina, Brasil y Paraguay).

² Por supuesto, entiendo que la corrupción es un fenómeno extendido por todo el mundo y que impacta negativamente en los gobiernos y las economías de todos los países. Sucede, sin embargo, que en el caso latinoamericano, los escándalos de corrupción no han logrado ser aminorados ni por gobiernos eficaces y fuertes, ni

por otros medios de disuasión como las posibilidades de enriquecimiento lícito que ofrecen los mercados formales, la generación de empleos o el desarrollo integral de las sociedades, esto es, mediante la educación y la autogestión.

³ En un decálogo sobre el populismo iberoamericano, Enrique Krauze escribe en el número 7: “El populista moviliza permanentemente a los grupos sociales. El populismo apela, organiza, enardece a las masas. La plaza pública es un teatro donde aparece ‘Su Majestad El Pueblo’ para demostrar su fuerza y escuchar las invectivas contra ‘los malos’ de dentro y fuera. ‘El pueblo’, claro, no es la suma de voluntades individuales expresadas en un voto y representadas por un Parlamento; ni siquiera la encarnación de la ‘voluntad general’ de Rousseau, sino una masa selectiva y vociferante que caracterizó otro clásico (Marx, no Carlos, sino Groucho): ‘El poder para los que gritan el poder para el pueblo’” (Krauze, 2005).

⁴ Por partidocracia entiendo el gobierno y la preponderancia política de los partidos políticos, en menoscabo de la sociedad civil y otras formas legítimas de expresión del poder.

⁵ Esta definición bien puede complementarse con lo ya escrito por Albert Hirschman sobre la inutilidad del fatalismo negativo, sobre la lógica conservadora del inmovilismo o la retórica reaccionaria de la intransigencia que sugiere: no luchar contra el sistema porque el riesgo de perder es muy alto en comparación con lo que se puede ganar (principio del riesgo); porque resultaría inútil (principio de futilidad); o porque sólo se provocarían efectos perversos y contrarios a los resultados buscados (principio de perversidad). En otras palabras, nada hay por hacer, el sistema se encargaría de detener nuestros ímpetus renovadores o revolucionarios (Salvador Martí i Puig, conferencia dictada en el Instituto de Ciencias Sociales y Humanidades, BUAP, Puebla, 20 de septiembre de 2004).

⁶ Una reacción ante la crítica a la no violencia, sostiene que: “Seattle, Niza, Praga, Génova: el movimiento global ha ganado visibilidad y credibilidad gracias a la reiterada y dramática ruptura del orden público”, “es estúpido identificar la radicalidad de una lucha con su tasa de ilegalidad”. “El aspecto más destacado del *ius resistentiae*, lo que le convierte en el último grito en el tema legalidad/ilegalidad, es la defensa de una transformación efectiva, tangible y ya acontecida, de las formas de vida. Los pasos grandes o pequeños, los desprendimientos o las avalanchas de la lucha contra el trabajo asalariado admiten un derecho de resistencia ilimitado, mientras que excluyen una teoría de la guerra civil” (Virno, 2004).